desinteresados que si los hubieran defendido, los hubiere ofendido el daño, hasta acabarlos. De donde concluyo que Cortés les hizo el mayor bien que pudo, en pedirles semejantes ministros para su amparo y defensa; y mostró el celo cristiano y santo que tenía en poner medios para conseguir este precioso fin para estas gentes, mucho más humildes para sufrir crueldades y tiranías, que poderosos para defenderse de ellas.

CAPÍTULO II. *Del cuidado que el emperador puso en tratar las cosas de la conversión de estas gentes. Y de cómo luego se movieron muchas personas religiosas y hombres doctos a venir a esta conversión*

I EL CAPITÁN CORTÉS, COMO BUEN CRISTIANO y celoso de la salvación de las almas, puso diligencia en pedir recaudo de ministros para la conversión de los indios de esta Nueva España, no con menos celo y solicitud entendió en la provisión de este negocio el buen emperador, como príncipe tan católico, puesto que la ejecución de ella no se puso tan presto en efecto; antes la venida de los primeros y principales obreros se dilató por espacio de casi tres años, así por la mucha consulta y acuerdo que para deliberar en esto se tomó, como por estorbos que se ofrecieron a algunos que luego en sus principios querían venir; o por mejor decir, porque esta espiritual conquista tenía Dios nuestro señor guardada para su fiel siervo y diestro caudillo, el santo fray Martín de Valencia y sus compañeros, como en diversas veces se la tenía, por revelación manifestada, como diremos en el siguiente capítulo. Después que el emperador recibió las primeras cartas y relación de su capitán Cortés, que fue luego que de todo punto se apoderó de esta gran ciudad de Mexico, luego dio aviso del nuevo descubrimiento de estas gentes al summo pontífice León Décimo, que a la sazón tenía la silla de San Pedro en Roma, avisándole de su capacidad y talento, diferente de los nuestros y de todo lo que Fernando Cortés a esta causa pedía, para su mejor y más conveniente instrucción en nuestra santa fe y doctrina, porque sobre ello se tratase, mirase y confiriese lo que más convenía. Demás de esto hizo su majestad juntas de letrados, los más eminentes de sus reinos, así teólogos, como juristas. Lo uno para satisfacerse, si con buena y sana conciencia podía recebir y retener en sí, y en su corona real de Castilla, el señorío de estos reinos y tierras, y de sus vecinos y moradores, por el escrúpulo que muchas personas de ciencia y conciencia le ponían, diciendo que no había precedido justo título, para conquistarlos y sujetarlos. Lo otro para saber el medio que había de tomar en lo que Cortés pedía, tocante a su conversión y doctrina, que no era de poca dificultad, por no conformar la particular necesidad de esta gente humilde y pequeñuela, con el uso que la iglesia en estos tiempos tiene de ministros, para los antiguos cristianos. Con estas cosas dichas se suspendió, por entonces, esta jornada y misión de ministros evangélicos, que cultivasen la

viña espiritual, que tanto deseaba Cortés ver desmontada y limpia de tantos errores, lo cual había de ser hecho por los ministros eclesiásticos dichos.

Estando pues en esta sazón este negocio, suspensa la venida de los ministros y cerrado el paso para este viaje, hubo tiempo suficiente para que se divulgase esta novedad tan nueva, del Nuevo Mundo descubierto, y de tantas y tan nuevas gentes por todos los reinos de la cristiandad; y de todos ellos hubo muchas personas religiosas que se ofrecieron a Dios, en sacrificio, deseando pasar a estas partes para predicar a los indios infieles, y si menester fuese morir en la demanda; pero la distancia tan grande de mar y tierra, y el no poder pasar de España para acá, sino por mano y voluntad del emperador (que no le faltarían personas entre quien escoger) los hizo detener por entonces; aunque después no dejaron de venir algunos de Francia, Flandes, Italia y Dacia y otros reinos, y casi todos hombres doctos y muy escogidos religiosos. Verdad sea que en medio destas suspensiones y consultas, solos tres flamencos tuvieron dicha de pasar en aquellos principios, y de ser los primeros frailes que con espíritu de predicar la fe, acá llegaron. Y su ventura fue (juntamente con su buena diligencia) el favor de los grandes de Flandes, como a la sazón mandaban en Españas, pero no fue con autoridad del Papa, aunque con licencia del emperador; y así no hicieron cosa de propósito, hasta que vinieron los doce que la trajeron. Estos tres flamencos que digo fueron el guardián del convento de San Francisco, de la ciudad de Gante, llamado fray Juan de Tecto, y otro sacerdote, fray Juan de Aaora, y fray Pedro de Gante, fraile lego, digno de perpetua memoria (de quien en otra parte se hace muy particular mención).

Estos padres corrieron algunas y muchas partes de estos reinos, antes que viniesen los doce, y catequizaron a muchos de los infieles, y baptizaron a otros; y no se alargaban a todo lo que deseaban baptizar y doctrinar porque las cosas de la guerra estaban muy encendidas; los cuales pararon en Tlaxcala, aunque cuando llegaron los doce estaba fray Pedro de Gante en la ciudad de Tetzcuco, donde tenía escuela y enseñaba la doctrina cristiana a los niños y los conservaba en buenas costumbres. Pero como era lego no decía misa, y con esto no hacía el fruto tan enteramente, como después que llegaron los otros, enviados por autoridad apostólica.

CAPÍTULO III. *De cómo trataron de la jornada de esta conversión indiana fray Francisco de los Ángeles y fray Juan Clapion*

DE LOS QUE PRIMERAMENTE PRETENDIERON VENIR con bendición del Papa y licencia imperial fueron fray Juan Clapion, flamenco de nación y confesor que había sido del mismo emperador, y fray Francisco de los Ángeles, hijo de la provincia de los Ángeles (por otro nombre de Quiñones, hermano del conde de Luna) que por sus buenas partes, así de noble sangre, como de letras y observancia en su religión y muy buena gracia y plática para tratar con todos, era uno de los principales frailes de